

Films de Amor

LA MELODÍA DE LA VIDA

NÚM.
300



Ricardo Cortez
Irene Dunne

25
CTS.





LA CAVA, Gregory

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAQUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barbará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO VII

APARECE LOS JUEVES

NÚM. 300

Symphony of Six Million, 1932
La melodía de la vida

Narración novelada de la película del
mismo título interpretada por el genial

RICARDO CORTEZ

Narración de HARRY BALTMORE

Producción: R. K. O.

Distribuida en España por

S. I. C. E.

P.º de Gracia, 29 Barcelona

INTERPRETES

Felix Klaubert	RICARDO CORTEZ
Jessica	IRENE DUNNE
Samuel	<i>Jimmy</i> Durante
Berta	Annie Manfield

ARGUMENTO DE LA PELICULA

PRIMERA PARTE

El Cheto, nombre que recibe en Nueva York el barrio judío, ofrecía a aquella hora de la mañana el aspecto de un mercado de una gran población. En las puertas de todas las casas y en cuantos sitios era posible, había pequeños puestos, que no solamente se dedicaban a vender, sino que también a cambiar unas mercancías por otras. La única puerta que quedaba libre, era la de una casa en cuyas escalinatas había un muchacho de unos ocho años y una chiquilla de la misma edad aproximadamente. En la cara del chiquillo y en la viveza de sus ojos se advertía una inteligencia poco común, mientras que el rostro de ella, de facciones puras y bellas, denotaba un rito de perenne dolor. Desde niña sufría una enfermedad a la médula que la imposibilitaba de mover con soltura sus piernas y aquella desgracia la hacía ser aun más cariñosa con

cuantos la trataban, como si quisiera ocultar con su bondad el mal que le aquejaba.

El chico se llamaba Félix Klaubert y la niña Jessica. Eran amigos inseparables y Félix procuraba pasar con ella el mayor tiempo posible encontrando en la amistad de Jessica un amable atractivo.

Mientras ellos hablaban tranquilamente sentados, otros chiquillos jugaban ante ellos a boxeadores y uno de los contendientes exclamó:

—¡Que Félix haga de árbitro!

Pero el otro que era un golfillo de los que polulan por las grandes poblaciones, con gran precocidad le respondió:

—Félix no querrá... ¿No ves que está enamorado de la coja?

Félix se dirigió al chiquillo y le dió un puñetazo que lo tiró por tierra, al mismo tiempo que le decía:

—¡Cállate!... Bastante desgracia tiene con tener la espina dorsal torcida...

Jessica se levantó trabajosamente y sujetó a Félix suplicándole:

—Déjalo, Félix... No peles.

El muchacho la cogió cariñosamente y la ayudó hasta dejarla en su casa, diciéndole:

—Lo siento Jessica, pero tú no debes hacerle caso.

Al llegar a la puerta de la casa vieron en

la de al lado una ambulancia parada y Félix esperó, antes de marcharse a ver a quien era la que se llevaban y acto continuo entró a su casa y le preguntó a su madre:

—Mamá, ¿por qué enferman las personas?

—Porque Dios lo dispone así, hijo mío —respondió la bondadosa señora Klaubert.

—También puede ser, porque no pueden comer bien, ni dormir, ni pagar al médico que las cuida —replicó tristemente Félix.

En aquel momento entró Samuel, el hermano de Félix. Venía con la cara sucia, con la ropa llena de polvo y las manos que daba asco de vérselas. Su madre al verlo en aquel estado le gritó:

—Mira que trazas... ¿No te da vergüenza? Ves a lavarte antes de que llegue tu padre... Lo metió en el cuarto de baño y ella misma con amante solicitud le lavó las manos, mientras que Félix jugaba con su hermana Berta, que encerrada en la cocina ayudaba a su madre. En aquel momento llegó el señor Klaubert, otro buen hombre como su mujer, que se había pasado la vida cosiendo trajes para mantener a su familia y no tenía más gozo que el de verse rodeado de sus hijos y su esposa. Parecía tener un genio de mil demonios y en realidad era un santo del que todos terminaban haciendo lo que querían de él.

Al entrar en su casa los tres hijos fueron a besarlo y Berta exclamó:

—Hoy es tu santo, papá... ¿Qué regalos nos traes?

El buen hombre sacó un libro de música y se lo entregó a su hija diciéndole:

—Para mi Berta un libro de piano... Quiero que conozcas música clásica... Para mi Félix un par de guantes, para proteger esas manos que serán las de un cirujano. Samuel se acercó a su padre en vista de que a él no le daba nada y éste le dijo:

—Para ti, un consejo: lávate.

El chico bajó la cabeza entristecido al ver que para él no había regalo, pero su padre le entregó una pelota diciéndole:

—Toma, para ti también hay algo.

Poco después toda la familia estaba reunida en la mesa cenando y Samuel exclamó dirigiéndose a su padre:

—Oye, papá. Levi y yo vamos a poner un puesto de salsichas a la puerta de la escuela... Queremos ser hombres de negocios.

—No está mal —respondió su padre—. ¿Y el dinero?... ¿Piensas acaso que te lo dé yo?

—No hagas caso, hijo mío —intervino su madre—. Si das oídos a tu padre en eso de los negocios estás perdido... Si hubiera sido más emprendedor otro gallo nos cantaría.

—Según tú — le respondió su marido — debería ser yo Presidente.

—No, porque no eres de aquí... Y hazme el favor de no comer tanto arenque que luego no te sienta bien.

Klaubert soltó la servilleta y exclamó:

—Ni comer puedo... ¡Todo el día trabajando para luego no poder vivir en paz en casa... Dejadme a mí que yo sé lo que me hago!

Terminó la cena, sin más comentarios y Klaubert invitó a su hijo Félix a que jugase con él una partida de ajedrez.

—No debes jugar — le dijo su esposa.

—Pero, ¿por qué? — preguntó extrañado su marido.

—Porque el chico te gana todos los días y luego te excitas y te pones malo.

—Mira mujer — le dijo su marido acabando ya con su paciencia —. Ni él me gana, ni yo me excito. Haz el favor de dejarnos.

Félix se puso a jugar con su padre, pero mientras que él pensaba las jugadas el chico se entretenía leyendo las lecciones del día siguiente, hasta que su padre le llamó la atención, diciéndole:

—¿Lees o juegas?

Samuel por su parte se puso a columpiarse en la mecedora armando ruido y el padre exclamó excitado a más no poder.

—¡Hay más barullo aquí que en la Quin-

ta Avenidal... ¡Todo el día trabajando para luego no poder estar a gusto en la casa!

—No te excites, hombre — le recomendó su mujer cariñosamente.

Pero el buen hombre ya había perdido la paciencia y siguió protestando hasta que de pronto sintió un gran dolor de estómago.

—¿Lo ves? — le dijo su esposa ayudándole a sentar en su sillón —. ¿No te dije que no te excitaras?

Félix corrió también a prestarle auxilio y le preguntó.

—¿Dónde te duele, papá?

Su padre señaló el estómago y el muchacho le dijo a su padre:

—Comiste mucho arenque y se te han indigestado... Dale un poco de bicarbonato, mamá.

SEGUNDA PARTE

Fueron pasando los años, años de fervoroso estudio, de lucha por la conquista del ideal y Félix, el niño convertido ya en un hombrecito veía que sus sueños iban convirtiéndose en realidad. Sus ansias de ser médico para librar al prójimo de sus males iban

adquiriendo cuerpo y se pasaba las horas estudiando, con una fe y una voluntad incansable. El título tan codiciado llegó por fin a sus manos y con él ingresó en una clínica gratuita de niños, situada en el mismo Ghetto. Pero aquel título de doctor no fué para Félix la meta de sus anhelos, no. El quería ser más, no se contentaba con ser un médico vulgar, quería ser una notabilidad, no para ganar dinero, sino para arrancar de la muerte a sus semejantes y aliviar sus males. La nobleza de su alma no era capaz de bajar a la materialidad del dinero y concebía su profesión como un sagrado sacerdocio al que había de dedicar la vida sin esperar más recompensa que la satisfacción del bien realizado.

Una mañana, se levantó su madre muy temprano y sorprendió a Félix estudiando. Entró a su cuarto y le regañó cariñosamente diciéndole:

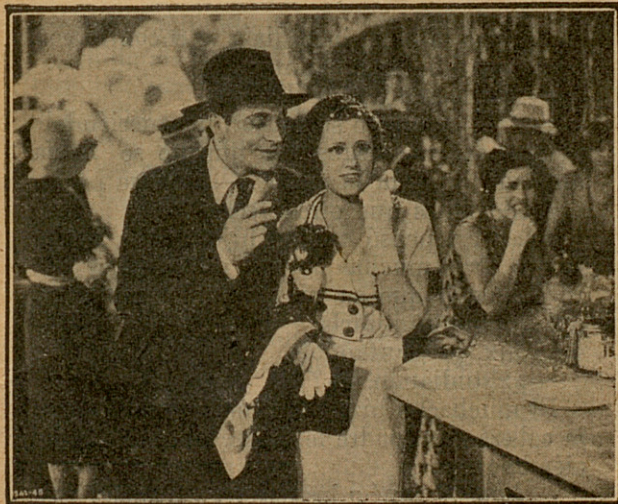
—Son las cinco y aún estás estudiando, después de estar todo el día en la clínica?

—No tengo sueño, mamá — respondió sonriendo Félix.

—Pues si te vieras la cara que tienes... Pareces otro de cuando tenías nueve años — replicó su madre.

Félix, volvió a sonreír y le dijo:

—No soy ya un niño mamá... Tú siempre quieres tratarme como si tuviera nueve años.



Todas las tardes los dos jóvenes salían a pasear.

—Para mí siempre lo serás... Anda, anda y acuéstate que buena falta te hace... No te apures que pronto serás un gran doctor —. Se llevó la mano a la faltriquera y entregándole un billete le dijo:

—Para el microscopio que necesitas. Lo ahorré sin que se enterara tu padre... No le digas nada.

Percibió los pasos de su marido y se apresuró a salir de la habitación de su hijo, pero

al llegar a la pieza inmediata se encontró con su esposo que le preguntó:

—¿Se levantó ya Félix?

—Sí — exclamó su mujer, no queriéndole decir, para no disgustarlo que no se había acostado en toda la noche. — Hoy se ha levantado antes que otras veces.

Klaubert pensó que su hijo habría hecho lo que otras muchas noches, no acostarse, pero creyendo que su mujer no lo sabía, no quiso intranquilizarla y entró solo al cuarto de Félix, preguntándole.

—¿Estudiando, eh?

El muchacho hizo un signo afirmativo con la cabeza y su padre le entregó un billete diciéndole:

—Anoche gané a los naipes... Toma y que no se entere tu madre... Así te podrás comprar un librote más... Ya que te empeñas en ser médico quiero que seas un gran médico...

Félix abrazó a su padre y sintió que su corazón latía violentamente de emoción al ver el cariño que tanto él como su madre le demostraban.

Y mientras Félix iba progresando rápidamente en su ciencia, Samuel también lo hacía en su negocio. Cada uno había tirado por camino distinto, pero cada uno había logrado lo que se había propuesto, trabajando honradamente.

Para Félix sólo existía una distracción después de su rudo trabajo y eran los momentos que pasaba con la cojita, que convertida ya en una muchacha preciosa se había hecho maestra y regentaba una escuela de huérfanos pobres en el mismo Ghetto. Todas las tardes los dos jóvenes salían a pasear un rato y Félix iba dándole explicaciones de los progresos que hacía en su carrera. Los niños se habían acostumbrado a las visitas del joven doctor y cuando alguno de ellos estaba malo no quería que nadie le curase más que el doctor Klaubert, como le llamaban ellos.

Las curas del doctor Klaubert fueron llamando la atención y su nombre empezó a sonar entre las grandes eminencias muchas de las cuales, incluso llegaron a asistir a sus operaciones en la clínica, para convencerse de que era verdad todo cuanto de él se decía.

Comenzaron a hacerle ofertas para llevárselo a clínicas de lujo, pero Klaubert rehusó siempre, pensando que allí, en el Ghetto, donde había tanta miseria era donde él podía realizar su sueño de aliviar a los desgraciados.

Un día, mientras que Félix se hallaba encerrado en su casa con una pobre enferma, su hermano le dijo a su madre:

—Debe ser ideal eso de ser un gran doctor y no ganar un céntimo siquiera, para ayudar a sus padres.

—Félix no nos debe nada a nosotros — respondió su madre —. Hicimos por él lo mismo que por vosotros dos.

—Ya lo sé — contestó Samuel — pero se debe a él mismo... Podría ganar mucho dinero... Debiera sacaros de aquí, de este viejo caserón... montar una buena clínica, de esas donde da gusto hallarse enfermo...

—Creo que llevas razón — respondió su madre — pero no me atrevo a decírselo... ¿Por qué no se lo dices tú?

Guardaron silencio al ver que salía la enferma y Félix que le dijo sonriente:

—No me debe usted nada... Ya está usted buena para otros cien años.

Se fué la mujer y apareció el padre, que al ver a Félix le dijo:

—¿Nos vamos a jugar una partida de ajedrez?

—Hoy no puedo, papá—replicó Félix—. Tengo que hacer... En todo caso iré un poco más tarde.

—Pues yo sí voy — murmuró el señor Klaubert, dirigiéndose a la puerta, al mismo tiempo que su mujer le recomendaba.

—No olvides que tienes casa y que no te sienta bien trasnochar...

—No lo olvido mujer... Siempre has de tratarme como si fuera un chiquillo... Salió a la calle, mientras que Félix se

encerraba en su cuarto otra vez, y Samuel volvió a decirle a su madre:

—¿Quieres que Félix sea como papá?... Ya ves lo que logró, después de tantos años de trabajo...

—El nos ha mantenido siempre — le respondió severamente su madre.

—Sí, pero Félix ni eso podría. No quiere comprender que la medicina es un negocio como otro cualquiera.

Berta salió también arreglada y le dijo a su madre, después de besarla:

—Me voy al cine... ¿Quieres algo mamá?

—Que te diviertas, hija mía — le respondió su madre.

Al salir la muchacha Samuel se la quedó mirando y otra vez volvió a la carga con su madre diciéndole:

—Debemos pensar también en el futuro de Berta... ¿Qué clase de gente puede conocer en este barrio...?

—Pero, ¿qué quieres que yo haga? — preguntó la buena mujer.

—Indícale a Félix que no eres feliz aquí. Convéncele para que se instale en un barrio elegante... Convéncelo tú y yo me encargaré de buscarle el dinero que necesite... De tí depende su porvenir.

—Está bien, déjame a solas con él que le hablaré ahora mismo.

Efectivamente, segundos después Félix se

hallaba con su madre que le explicó su pensamiento y terminó diciéndole:

—Todos los antiguos vecinos han ido dejando este barrio por otros mejores... Además el nuevo vecindario no me agrada.

—Pues antes, bien a gusto que estabas aquí — le respondió Félix.

—Antes era distinto. Ahora sois mayores, papá está viejo y el pobre ya no debiera trabajar a sus años... Tú podrías ganar lo suficiente para que él descansase... Es por él por quien te lo pido... No es que haya dicho nada, pero yo noto que está cansado ya.

—No sigas, mamá — respondió acariciándola Félix —. ¿Qué me podéis vosotros pedir que yo no haga por vosotros? Haré cuanto quieras, siempre que sea tu gusto.

Y de aquella forma, Félix, aún en contra de su propia voluntad, a pesar de tener que abandonar a sus enfermitos a quienes tanto quería, se trasladó, gracias a la ayuda financiera de su hermano, a un barrio aristocrático, donde podía conseguir clientes ricos.

TERCERA PARTE

Al poco tiempo de estar establecido Félix su clínica fué una de las más concurridas de Nueva York y su talento como cirujano logró realizar curas milagrosas que pronto lo

elevaron a la cúspide de la fama. Sin embargo, él no olvidaba el Gheto, acudía muy a menudo a la Clínica donde era recibido con inmenso cariño por los pequeños y seguía allí librando de sus sufrimientos a los infelices niños, que huérfanos de todo cariño tenían que vivir a expensas de manos mercenarias.

La marcha de Félix fué para la pobre Jessica un dolor más que aumentar a su pena y su único consuelo eran aquellas visitas que hacía el joven doctor para seguir encargándose de sus enfermitos. Pero aún éstas, debido al mucho trabajo que sobre él pesaba, tuvieron que ser menos frecuentes y a medida que ganaba fama y dinero la Clínica de niños pobres iba perdiéndolo.

Una mañana estaba Félix examinando unas radiografías, cuando entró su padre tímidamente a su despacho. Félix lo saludó cariñosamente como siempre y el anciano le preguntó al verle aquellas placas en las manos.

—¿Qué es eso?

—Es la radiografía de una espina dorsal. Se trata de una operación difícilísima, pero tengo la seguridad de que algún día la haré.

Su padre como un chiquillo travieso, se acercó más a él y mirando a todas partes, para asegurarse de que nadie lo oía le dijo:

—Oye Félix, ¿tienes algún dinero?

El muchacho se echó a reír y le preguntó:

—¿Cuánto has perdido a las cartas?

—Pues... verás... yo te explicaré se trata de una deuda de dos dólares...

Félix sacó la cartera, le entregó un billete de cien dólares y le dijo bromeando:

—Toma, aquí tienes para que puedas perder veinte días.

—Tú debes ganar mucho dinero, ¿verdad Félix? — le preguntó su padre, admirado de la prodigalidad de su hijo.

—Mucho — respondió con tristeza Félix —. Nunca sospeché que pudiera ganar tanto.

—Pero trabajas demasiado — replicó su padre —. Yo creo que estabas mejor en el Ghetto, allí por lo menos te veía todos los días... Ahora hace cerca de quince días que no echamos nuestra partida de ajedrez.

—Un día de estos la echaremos — respondió el joven acariciando con inmenso cariño a su padre, por quien sentía una gran debilidad —. Ahora déjame que hay muchos clientes que esperan turno.

—Bueno, me voy, porque tu madre está abajo. No se ha atrevido a subir, para no molestarte... Yo no soy como ella, yo tengo que venir todos los días aunque no sea más que parfa verte, aún cuando no pueda hablarte... ¿No soy acaso el padre del cirujano más célebre de la ciudad?

Félix le echó el brazo por el hombro y con un mimo propio de un padre que contenta a su hijo fué llevándose al anciano hasta la puerta y le dijo:

—Hoy me parece que iré antes a casa y jugaremos.

El viejo rió alegremente y terminó marchándose en el mismo momento que por la puerta reservada entraba Samuel a ver a su hermano.

Minutos después estaban los dos hermanos hablando y Félix le decía contrariado:

—Samuel yo pienso dejar esta clínica... Ya hice dinero y cuanto podía por vosotros. Hora es ya que piense un poco en mí... No es así como yo entiendo mi profesión. Allí me sentía más satisfecho y deseó volver al Ghetto para consagrarme por completo a los pobres, a los que me dieron fama.

—¿Estas loco? — exclamó su hermano —. ¿Quieres que nuestro padre tenga que volver a trabajar? Piensa que ahora Berta está a punto de casarse bien y de que yo empené mi negocio para que te instalaras.

Y Félix, como siempre que se trataba de su familia, se doblegó una vez más a la voluntad de ellos y siguió con aquella clientela adinerada, viendo como su fama aumentaba, al mismo tiempo que su fortuna. La única satisfacción que tenía el joven doctor era el ver las comodidades con que vivían sus

pobres viejos. Para ellos todo le parecía poco y a medida que iba él ganando iban ellos adquiriendo mayor bienestar. Dotó a Berta espléndidamente, aumentó el negocio de su hermano y hasta compró un automóvil a sus padres, para que paseasen por la ciudad.

Pero a los pobres viejos les pasaba lo mismo que a él, no podían olvidar el Ghetto. ¡Habían vivido tantos años en él! Allí se habían conocido de jóvenes los dos esposos, allí habían nacido sus hijos, allí él había trabajado para defender el pan de su hogar y todo cuanto había en el Ghetto le recordaba momentos agradables de su vida...

El primer día que tuvieron el auto, se fueron a visitar a unos vecinos que tenían el Ghetto. Uno de ellos, antiguo amigo de Klaubert y tan viejo como él al verlo descender del magnífico coche, quedó extrañado y el padre de Félix con un mal disimulado orgullo, no por él, sino por su hijo, exclamó:

—Me lo ha regalado Félix... Gana cuanto quiere y todos dicen que es el mejor cirujano de la ciudad.

Su amigo seguía inspeccionando el coche y Klaubert trató de darle una explicación del vehículo, para que viese que él estaba enterado de todos los adelantos y le dijo:

—¿Ves? Es original y de lo mejor. Fíjate tocas en este botón que hay aquí sobre el

volante y fíjate el ruido que hace para que se aparte todo el mundo.

El otro viejo hizo sonar el claxon y los dos amigos se echaron a reír alegremente, mientras que la madre de Félix, cargada de paquetes entraba en casa de sus amigas para pasar la tarde allí merendando.

Jessica, como es natural, en cuanto supo que había venido la madre de Félix corrió a saludarla y ésta le dijo:

—¿Sabes que se ha casado Berta?... Tiene ya un niño y pronto se bautizará.

—No sabía nada — respondió la muchacha —. Como Félix está tan ocupado, a penas si se le ve por la Clínica... Uno de los niños de la clase necesita ser operado, ¿por qué no le habla usted a Félix para que le opere?

—Yo no, hija mía, pero puedes hablarle tú. Sé que Félix no te negará nunca nada. Ves a la clínica y pídeselo.

Y Jessica, cuyo amor por los niños era inmenso, fué en busca de Félix y le rogó que operase al enfermito.

—Descuida Jessica — respondió él cariñosamente —. Ahora mismo tomaré nota para que no se me olvide, porque a medida que van pasando los días se me va la memoria de tal forma que a veces no sé ni lo que tengo que hacer.



Seguían con vivo interés aquel reconocimiento.

Llamó por teléfono a una de sus secretarías y le dijo:

—Tome nota de que mañana tengo que ir a la Clínica del Gheto, a las doce, y extienda usted un cheque de mil dólares.

Jessica lo miró sorprendida y le preguntó:

—¿Para qué es ese cheque?

—Para que lo regales en mi nombre a los pequeños.

—¡Qué bueno eres, Félix! — le dijo la muchacha admirándolo.

—En eso tú me haces la competencia y sales ganando — respondió el médico.

Al día siguiente Félix se hallaba atareado con una de esas clientes, que siempre estaban enfermas, sin que nunca tuviesen nada y tenía que sufrir las impertinencias de aquella mujer que no parecía tener intención de acabar nunca su charla.

—¡Es admirable! — decía —. Todos los periódicos hablan de usted y publican las fotografías de sus manos, diciendo que son las que obran el milagro de devolver la vida a los que ya se creían muertos.

—Todos son muy buenos conmigo — respondió el doctor —. No creo que sea digno de tantas alabanzas.

—No dicen eso las grandes eminencias. Todos le ponen a usted como un ejemplo de talento y destreza para las operaciones.

Por fin consiguió Félix que se despidiera la buena mujer y se levantó seguro de que tenía algo que hacer. Miró por encima de su mesa y al no ver ninguna nota allí, le preguntó a una de sus secretarías.

—¿No tengo ninguna cita para las doce?

—Que yo sepa, no señor — respondió la secretaria.

Y Félix, sin acordarse de que había prometido ir a la Clínica, salió de su despacho

para ir a casa de su hermana, donde se celebraba el bautizo de su sobrino.

Cuando llegó Félix ya se había celebrado la ceremonia y entre todos reinaba la más franca alegría. Su padre iba de un lado para otro expresando en su rostro la inmensa alegría que sentía, hasta que llegó el momento de los discursos y emocionado ampezó diciendo:

—Me siento tan feliz en este momento que quiero dirigiros la palabra para deciros que al educar a mis hijos busqué algo más que su propio bien... Quería también que fuesen útiles a sus semejantes. Gracias al Cielo realicé mi ideal. Félix es un gran doctor, Berta es ya esposa y madre y Samuel ayuda nuestra Beneficencia. Doy gracias a Dios por haberme dejado vivir hasta este momento y le ofrezco mi vida, para cuando El quiera disponer de ella...

No pudo terminar el discurso, porque su emoción fué tal que cayó al suelo sin sentido. Félix se arrojó sobre su padre y con inmensa ansiedad le reconoció, mientras que sus hermanos y su madre seguían con vivo interés aquel reconocimiento.

En el gesto que hizo su Félix, comprendieron sus familiares que se trataba de algo grave y la madre le preguntó:

—¿Qué le ha pasado, hijo mío?... ¿Qué tiene?

—No lo sé ahora, mamá. Mañana citaré a varios compañeros y juntos celebraremos una consulta... Yo no me atrevo a diagnosticar...

A la mañana siguiente, varios compañeros de Félix acudieron a su llamamiento y juntos celebraron una consulta sobre el caso de su padre y todos quedaron de acuerdo sobre la urgencia de una operación.

Al quedar solo entraron sus hermanos y su madre y ante la mirada interrogativa de todos ellos, Félix exclamó tristemente:

—Sólo cabe operar. Llamaré al mejor cirujano para que se cuide de él.

—¿Y tú, por qué no lo haces? — preguntó Samuel.

Félix se le quedó mirando horrorizado, y exclamó:

—¿Operar yo a mi padre?... ¡Eso es imposible!

—Si papá te oyese... — murmuró Samuel —. El no permitiría que le operase nadie más que tú.

—¿No has salvado la vida a tantos, incluso a enfermos de ochenta años?... Pues haz lo mismo con tu padre...

—Pero ninguno de ellos era de mi familia... Haced de mí lo que queráis, pero no exigidme que yo opere a mi padre... Eso es superior a mis fuerzas... No se trata de una operación cualquiera, es un tumor en el ce-



— Llamaré al mejor cirujano que se cuide de él.

rebro, una operación para la que además de experiencia hay que tener tranquilidad...

Su madre viendo la insistencia de su hijo en no operar, le dijo a sus hermanos:

— Dejádme sola con él —. Y al quedar sola insistió nuevamente llorando para que le operase.

— No puedo, mamá — respondió desesperado el doctor —. Tengo miedo. Temblaran

mis manos en el momento preciso.... Me pides más de lo que yo puedo darte...

— ¿Y podrás dejar que siendo tú el mejor cirujano de la ciudad, vaya otro a jugar con la vida de tu padre, de ese pobre hombre que todo lo dió por vosotros?

Y tanta fué la insistencia de su madre, sus lágrimas y sus ruegos, que Félix terminó por acceder a aquel nuevo sacrificio que le pedían.

CUARTA PARTE

Llegó por fin el día terrible en que Félix tenía que operar a su padre. En su clínica se hicieron todos los preparativos con el fin de que la operación se realizase con las mayores probabilidades de éxito. Las enfermeras y los ayudantes del doctor expresaban por la seriedad de sus rostros, el momento inminente que se acercaba.

Félix, entre tanto, había estado cuidando de su padre, tomándole la temperatura, pidiendo detalles de cómo había pasado las horas en las que él no pudo estar con el en-

fermo y cuanto podía orientarlo para el mejor logro de su operación.

Al fin se separó de la cama del enfermo y dió orden de que lo transportaran en una camilla a la sala de operaciones, mientras él iba a arreglarse.

Entró en su lavabo y una enfermera fué dándole el jabón, la toalla, los guantes, todo cuanto necesitaba, sin decirla una palabra. La palidez del rostro del doctor expresaba claramente el estado de ánimos en que se hallaba. Sus dientes apretados, sus labios blancos como la cera y su nerviosidad, indicaban que era aquel momento el más difícil de toda su vida.

La enfermera lo miraba compadecida, hasta que una vez terminado, Félix exclamó:

—¡Vamos, y que Dios me ilumine!

Entró en la sala de operaciones en el mismo momento que llevaban a su padre, todavía sin anestesiar y le preguntó esforzándose por sonreír:

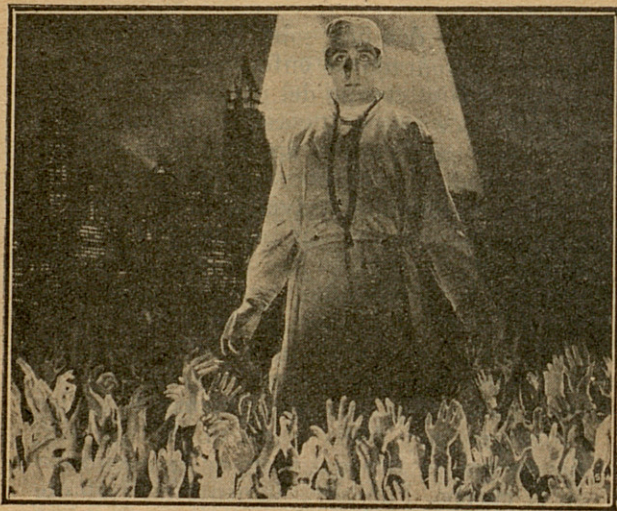
—¿Cómo van los ánimos, papá?

—Muy bien — respondió el viejo —, tengo ganas de que me operes, para poder volver a mis partidas... Te advierto que si no fueras tú el que me va a operar no me dejaría.

Félix no podía contener más tiempo su emoción e hizo una seña para que se lo llevaran.

Momentos después, sobre la mesa de operaciones y rodeado de enfermeros y ayudantes aparecía el cuerpo del padre de Félix, esperando que éste empezase la operación.

A los pocos segundos, apareció Félix. Había desaparecido de su rostro aquella lividez de hacía un momento, volvía otra vez a ser el cirujano de siempre y su mirada recorrió todo su alrededor asegurándose de que nada faltaba. Miró a uno de los ayudantes encargado de tomar las pulsaciones al paciente y le hizo una indicación con los ojos, como dándole a entender que debía empezar su cometido. Sobre una bandeja de cristal estaban todos los instrumentos y Félix cogió un bisturí, sintiendo que el frío del acero se le adentraba en el cuerpo. Fué tan solamente un instante de vacilación e inmediatamente empezó a operar. Nunca como entonces pudieron admirar los que se hallaban presentes, la rapidez de aquel hombre. Trabajaba como magnetizado, sin vacilación alguna, seguro de lo que iba haciendo, mientras que él que compulsaba las pulsaciones le advertía el número de éstas, que se iban debilitando a medida que la operación avanzaba. Félix comprendió que la vida de su padre se acababa y que se le acababa en sus manos. La operación iba bien, pero la resistencia del enfermo era inferior a los cálculos y no aguantaba la operación. Todo dependía de la rapidez con que



Creía ver miles de manos que se alzaban a él.

operara y por lo mismo sus manos parecían magnetizadas por un poder extraordinario, que hacía que las enfermeras apenas si tenían tiempo para ir dándole los instrumentos de la operación. Mas así y todo aquel cuerpo iba quedando sin vida, lo iba advirtiendo Félix y, sin embargo, no vacilaba un instante. Sabía que el menor descuido podía ser fatal y sobreponiéndose a su dolor seguía operando, con el alma sobrecogida...

Al terminar la operación, todos los presentes felicitaron al doctor, y éste dijo:

—La operación ha sido buena, pero mi padre ha muerto.

Salió donde lo esperaban sus familiares y al verlo comprendieron la desgracia.

—¡Pobre papá! — exclamó llorando —. ¡Tanta fe que tenía en mí!... ¿De qué me ha servido todo lo que he aprendido si no he podido salvar la vida del ser a quien más quiero?... ¿Para qué sirven mis manos, si no han podido detener la muerte y darle vida, en el momento que más lo necesitaba?... ¡Cinco minutos más y mi padre se hubiera salvado!... No he sabido más que operar, pero se me ha muerto...

Ocultó la cara entre las manos, llorando amargamente y de todo su ser se apoderó un desconsuelo infinito.

A partir de aquel día, Félix sintió aversión por su profesión. Creyó que todo aquello era un castigo del cielo por haber abandonado a los pobres infelices por quienes únicamente estudió y en su delirio reía ver alzarse miles de manos, pidiéndole que no les abandonara, que volviera a ejercer otra vez para alivio de sus males.

Volvió a Gheto y permaneció en la Clínica sin intervenir para nada. Se había hecho la promesa de no volver a operar más y hasta entonces la cumplía al pie de la letra.

Un nuevo caso se presentó en él que había necesidad de una operación. Se trataba precisamente de Jessica y los médicos consideraron que aquella operación era de vida o muerte. Félix no supo nada de ellos, hasta que una mañana al entrar a ver a Jessica la vió preparada para la operación, y la preguntó:

—¿Qué es esto?... ¿Vas a operarte?

—Sí — respondió ella —. Lo prefiero todo a seguir viviendo medio inválida. Me han dicho que puedo curarme así y quiero que me operen.

—¿Y quién te opera? — preguntó Félix, comprendiendo que era aquella una operación tan difícil que él, a pesar de haberla estudiado tanto, no se atrevió nunca a realizarla.

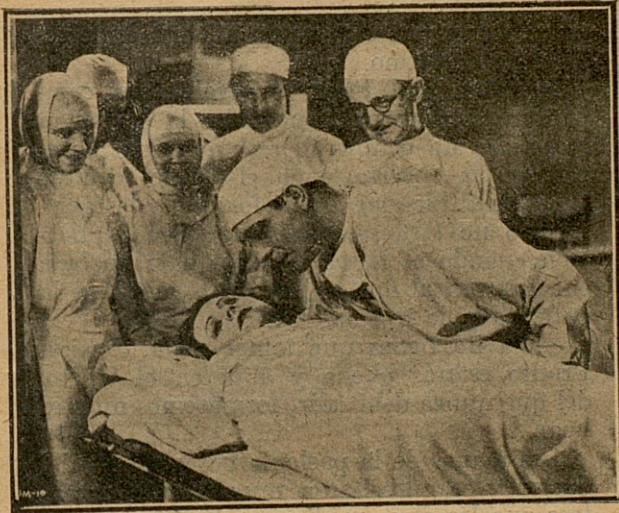
—No sé — respondió la muchacha —. Yo quisiera que me operara el doctor Klaubert. Tengo la seguridad de que me salvaría.

Félix meditó unos segundos. Comprendió que la vida de aquella mujer a quien él amaba corría grave peligro de quedar en manos de otros médicos, y exclamó:

—Está bien. Deséame suerte, como yo a ti. Te operaré yo mismo.

Rogó a sus compañeros que le dejaran operar y todos consintieron, teniendo en cuenta la celebridad del doctor Klaubert.

Momentos después, Jessica aparecía en la



— Yo quiero que me opere el doctor Klaubert.

mesa de operaciones, como un ser insensible. Su rostro de facciones hermosas al adquirir la palidez del cloroformo, parecía el de un ángel personificado.

Félix, dió las instrucciones necesarias y a continuación, con una seguridad de la que él mismo se admiraba empezó a operar. Minutos más tarde el cuerpo de Jessica era cuidadosamente depositado otra vez en su

cama, hasta que empezasen a pasar los efectos del cloroformo.

Mientras que Félix se lavaba, sus compañeros comentaban admirados la operación realizada, sin comprender como aquel hombre quería encerrarse en el Ghetto, cuando fuera de allí le esperaba la fortuna y la fama.

Pero no tardaron en hallar esta explicación cuando al hacer la visita a la operada encontraron al doctor junto a la cama de la enferma y le oyeron decir:

—Ya no tienes que temer nada, Jessica. Pronto estarás buena y aquí en el Ghetto, del que nunca debí salir, formaremos nuestro hogar...

Las manos de la paciente buscaron las del doctor y se estrecharon mutuamente, mientras que los otros médicos se hacían una señal, como dándose a entender que aquella era la causa por la que el célebre doctor Klau- bert, quería permanecer en el Ghetto.

F I N

Pruebas son amores...

TITULOS QUE APARECEN EN
LOS NUMEROS CENTENARIOS

CENTENARIO

de Ediciones Biblioteca Films

INDISCRETA

Creación de los eminentes artistas GLORIA SWANSON
- BARBARA KENT - BEN LYON.
Producción: ARTISTAS ASOCIADOS

1'00 peseta

Núm. 500 de Biblioteca Films

UNA TRAGEDIA HUMANA

Novela de gran emoción, por los célebres "ases" de la
pantalla: PHILLIPS HOLMES - SYLVIA SIDNEY -
FRANCES DEE.

Producción: PARAMOUNT FILMS

25 céntimos

Núm. 300 de Films de Amor

LA MELODÍA DE LA VIDA

Asunto emocionante y de sacrificio de amor, por el idolo
del bello sexo RICARDO CORTEZ, secundado por la
bellísima IRENE DUNNE.

Producción: SICE

25 céntimos

BIBLIOTECA FILMS y FILMS DE AMOR son las
más antiguas novelas cinematográficas que no
envejecen ni desaparecen

Más de 1000 títulos distintos de novelas publicados